

DOCUMENTOS

SEXTA REUNIÓN DE LA COMISIÓN DE LA UNIÓN INTERAMERICANA

(Continuación)

San José, Costa Rica

Tratado de la Unión Interamericana, artículo 10, octubre 1948

La virtud -lo bueno- -inigualable de la arquitectura es que ilustra materializa los sueños, las posibilidades y las costumbres de su época: en ella queda allí, viva e intacta, y no puede escapar al juicio de las generaciones venideras, ni por las vías del solismo ni de la indolencia.

Porque por ahora, aquí y en todas partes, en los países de ultramar y los horizontes, en las ciudades y pueblos que ilustran de manera tan singular el siglo que se extiende. Viven una arquitectura moderna y una arquitectura antigua.

¿ESTA MUERTA LA ARQUITECTURA MODERNA? (Extractos)

Ada Louise Huxtable

Traducido de ARCHITECTURAL RECORD, N° 10, octubre 1981

PRESENTACION

La virtud -¿lo drama?- inigualable de la arquitectura es que literalmente materializa los sueños, las posibilidades y las costumbres de su época: su obra queda allí, viva o inerte, y no puede escapar al juicio de las generaciones venideras, ni por las vías del sofisma ni de la indiferencia.

Pasamos por años, aquí y en todas partes, en que parecen derrumbarse los horizontes, paradigmas, teorías y utopías que insuflaron de energía el siglo que se extingue. Vivimos una crisis de sentido profunda, que cruza todas las dimensiones de la vida humana: la ciencia, la política, el ordenamiento económico, el arte, la familia, la relación con la naturaleza, el contacto con los demás hombres...

Si se mira para atrás, esos años de epopeya que se iniciaran con el Siglo XX que marcaron toda la civilización que conocimos, emerge la imagen de la torre de Babel y dos sentimientos cruzados: por una parte, la admiración por la pureza de los sueños y por la potencia humana que se puso en marcha tras la ilusión de que el mundo podía hacerse coincidir con aquellos; por otra, un distanciamiento frente a esa profusión de proyectos totalistas que por querer cambiarlo todo, sin conciencia de los límites humanos, pasaron por sobre historias y costumbres arrojándonos en una espiral racionalista que ha desembocado en una angustia insoportable.

De todo esto han quedado huellas imborrables, pero ninguna más nítida y penetrable que la que dejó esa época en la arquitectura: el modernismo. Ahí está su obra, entre nosotros, sujeta a la evaluación cotidiana de las multitudes. En estos tiempos de crisis y de reconstrucción del sentido de todos nuestros quehaceres, la confrontación con el modernismo resulta para todos un ejercicio increíblemente iluminador. Es lo que queda claro de la lectura de este sugerente artículo que aquí reproducimos parcialmente, escrito por una crítica de arquitectura del New York Times.

La arquitectura moderna ha sido declarada muerta y el funeral ha sido anunciado en las mejores revistas de arte. Finalmente, la noticia de su muerte se ha filtrado hacia aquel sector de la prensa popular, siempre alerta a explotar nuevas tendencias culturales. La sentencia, anunciando que el modernismo está obsoleto y el post-modernismo vigente, está siendo repetitiva y sistemáticamente esparcida en cátedras universitarias y en el ámbito de las exposiciones. Las escuelas de arquitectura, emergiendo del caos de la década del sesenta y del vendaval de los setenta respondieron tardíamente -como es usual- al llamado de la revolución, y han comenzado a transformarse al post-modernismo en vez del modernismo, con lo cual un nuevo conjunto de manierismos ha comenzado a sustituir a un viejo conjunto de clichés. Aquellos de nosotros, inveterados observadores de las verdades a medias y las falsas premisas que alimentan el "elegante" mundo intelectual, observamos con sentimientos contradictorios este proceso.(...)

Yo creo que el arte de la arquitectura está pasando por difícil, pero significativa, transición. El período de apogeo del modernismo ha terminado; la era de maestros tales como Frank Lloyd Wright, Mies van der Rohe, Le Corbusier, ha finalizado. Nos estamos moviendo claramente -o mejor dicho no tan claramente- hacia alguna otra cosa; de hecho nos hemos estado moviendo desde hace ya algún tiempo. Pero cualquier cosa que venga después será producto o heredero del modernismo, y no del quiebre radical que la nueva tendencia pretende imponer. Tendrá como su corazón la revolución del siglo veinte, que nosotros denominamos arquitectura moderna. Cualquier cosa que se plantee desde ahora, será imposible sin aquellas inauditas innovaciones tecnológicas y estéticas. Ninguna disidencia podrá quitarse de encima este hecho del arte y de la historia. Ningún catálogo de mal uso y abusos cambiará esto. La arquitectura moderna, por razones simples y profundas a la vez, es demasiado parte de nosotros y nuestro mundo como para ser terminada por mandato. Es tener una visión muy estrecha o un ego muy grande, pensar que la arquitectura moderna puede desaparecer como un acto o deseo, o bien, lanzada al aire sobre un montón de basura o residuos históricos. Es prácticamente imposible rechazar el estilo de nuestro tiempo. (...)

¿Ha realmente fracasado la arquitectura moderna?

¿Estamos atribuyéndole a nuestras percepciones otro tipo de fracaso -bastante fuera del control de los arquitectos? Creo que nos estamos refiriendo a un tema mucho más amplio: a la falla de una visión moral y al derrumbe de los ideales de una sociedad en transición. Lo que hemos perdido es lo que sociólogos y psicólogos denominan nuestro "sistema de creencias", es decir, aquellas convicciones comunmente sostenidas que dirigen nuestros actos y aspiraciones. Ninguna sociedad puede funcionar sin ellas. Aquellos artículos de fe han estado detrás de todas las cosas, desde la arquitectura hasta la política social de nuestro tiempo. Fueron basados en un idealismo y optimismo excesivos, por tanto incapaces de sobrevivir los cataclísmicos cambios del siglo. El péndulo ha oscilado hacia la desilusión y la desesperanza.

Seguramente esos sistemas de creencias fueron extraordinarios. Desde fines de la Primera Guerra Mundial, hasta la década de los sesenta, creímos devotamente en la justicia social, la posibilidad de la perfección del hombre y su mundo y en la buena vida para todos. El Bauhaus enseñó que la máquina pondría la belleza y funcionalidad al alcance de todos. La "máquina para vivir" de Le Corbusier y sus "ciudades radiantes" reformarían la morada humana. Creímos que el mundo podría ser habitado y alimentado, que traeríamos orden a nuestras ciudades, que la miseria y el hambre no eran verdades eternas. Juntamos las manos y cantamos juntos "venceremos".

También creímos que cada cual tendría derecho a la belleza y que los valores estéticos igualarían a los morales. Que lo que era útil era hermoso y bueno, y que lo que era bueno, era bueno para todos. Teníamos sólo que mirar a nuestro alrededor para ver ejemplos. Le Corbusier señaló especialmente las industrias y los elevadores de granos como artefactos estéticos admirables, debido a que su forma y función estaban íntimamente relacionadas y sus propósitos eran claros y evidentes.

Las artes, usadas en forma apropiada, podrían traer placer y beneficios prácticos a la sociedad. Los arquitectos creían sinceramente que la salud y felicidad eran corolarios naturales de la correcta manera de construir; incluso creyeron que la naturaleza humana podía ser cambiada o condicionada a través de un adecuado medio ambiente físico. Este fue el siglo que adecuó arte, tecnología y virtud, y finalmente concluyó que un mundo y una vida mejor estaban a nuestro alcance. El "grupo de trabajo" de Walter Gropius y la simplicidad modular de Mies, fueron pensadas para aliviar las desigualdades y lo inadecuado del medio ambiente creado por el hombre. El arquitecto era una figura central para esas soluciones estéticas y sociales -intrínsecamente unidas- a problemas seculares y a la gratificación de nuevas expectativas.

Restrospectivamente, las esperanzas y creencias de este siglo han sido tanto admirables como ingenuas, pero han sido también humanitarias en grado extraordinario. (...)

Los cambios que fueron proclamados como fuerzas liberadoras resultaron ser vastos y fragmentarios, con ondas de choque que sobrepasaron la comprensión de cualquier persona. Esos cambios, eventualmente reestructu-

raron -o desestructuraron- la sociedad. Alteraron radicalmente el sentido del tiempo y los ritmos de vida, desarraigando las relaciones personales, la familia, la comunidad y las relaciones globales. Las comunicaciones, movilidad e industrialización crearon una nueva economía y estilos de vida diferentes. Este "progreso" tuvo un alto precio -hubieron dislocaciones raciales y sociales de dimensión universal. A las expectativas y transformación del medio ambiente se agregó el conocimiento vago e incierto de las complejidades de la conducta humana: vastas explosiones de esclavo hicieron nada para ayudar a las desorientadas vidas interiores. La tradición fue destruida y la destrucción fue celebrada.

Al final, todo lo que estaba destinado a iluminar o mejorar la condición humana hizo trizas las creencias básicas y los valores. El "centro" paulatinamente se disolvió en violencia. Hoy día se han ido los estándares y las restricciones de siglos. Vivimos un período de relaciones humanas fracasadas y peligros sin precedentes, desde guerras nucleares hasta muertes "al azar". El siglo veinte nos ha dado demasiado, muy pronto y extraordinariamente rápido; nos ha entregado entretenciones, triunfos y devastación. Todos somos las víctimas. (...)

Pero en este proceso, literalmente la arquitectura moderna ha transformado el mundo. Hay bastante más en relación con esta historia extraordinaria que en aquella en la cual, penosamente, la arquitectura se siente corta de aspiraciones propias. Las extraordinarias energías creativas de este siglo, su genio por lo nuevo, inspiró todas las artes. Mi premisa, anteriormente enunciada, es que la arquitectura moderna es uno de los logros innegables de nuestro tiempo, equiparable solamente a muy escasos períodos de creatividad comparable. Su estructura y estilo han tomado ya su lugar en la historia del arte.

La arquitectura moderna unió la teoría revolucionaria y el desarrollo tecnológico para una nunca vista, trascendente e insuperable síntesis creativa y cultural. Ofreció la más coherente, innovadora, expresiva y universal forma de arte desde el renacimiento. Creó obras maestras capaces de competir con cualquiera del pasado, desde las espléndidas casas de pradera de Wright y su obra maestra, La Casa de la Cascada, en Bear Run, Pennsylvania, hasta la capilla de Ronchamp de Le Corbusier. El rascacielo es un prodigio de estructura y diseño que ha sobrevivido a pesar de la codicia de los especuladores y malos planos reguladores de la ciudad. Pero el siglo XX abarca mayores, más sutiles y variados trabajos que aquellos comúnmente entendidos. La arquitectura moderna hizo algo jamás hecho anteriormente: se consagró a sí misma a las preocupaciones sociales y humanitarias, que la revolución industrial y la ciudad del siglo XIX hicieron prioritarias. (...)

No he sido un apologista del movimiento moderno. Mi trabajo, como crítico, ha sido cuestionar muchas de las ideas favoritas recibidas de los modernistas, así como también muchos de los clichés más fomentados. He observado con gran malestar la transformación de la doctrina revolucionaria en dogma. A menudo me he maravillado de la ceguera y credulidad de los fieles. (...)

Fue el arquitecto el último en darse cuenta del alto precio pagado por dos de sus creencias más importantes: la renuncia al pasado y las grandes esperanzas en el futuro. El rechazo de la historia condujo a la increíble destrucción de la herencia histórica urbana y de los símbolos e hitos que nos aferraron a lugares y significados; esto deshumanizó el medio ambiente y negó la continuidad de la cultura. (...)

En un comienzo, en Europa, el movimiento moderno fue esencialmente un movimiento político. La estética del modernismo se unió a las reformas políticas radicales. Sin embargo, el elemento político tuvo poca relevancia por estos lados, y despertó aún menos interés para los promotores del nuevo arte. Aquellos aspectos políticos y sociales del diseño arquitectónico probaron prontamente ser una realización imposible.

Nuevamente, con la percepción desde distancia, vemos que estas preocupaciones del movimiento moderno fueron las víctimas de la Exposición celebrada en el Museo de Arte Moderno y del libro de 1932, El Estilo Internacional, escrito por Henry-Russell Hirschcock y Philip Johnson, el cual introdujo el nuevo trabajo en este país (EE.UU.: N.de T). Hubo en la exposición una sección sobre vivienda, pero fue secundaria frente a la insistencia sobre la forma. Este fue probablemente uno de los eventos más influyentes en la historia del criticismo y del conocimiento. La política y la sociología que inspiraron la ideología revolucionaria europea fueron cambiadas para el público norteamericano; los especialistas (tastemakers) la consideraron no esencial y sin importancia. Releer El Estilo Internacional es una sombría experiencia. Este convirtió al movimiento moderno en un conjunto de ejercicios estéticos, en un manual de estilo. Esta "purificada" versión arquitectónica de la revolución, fue especialmente confeccionada para ese especial momento del arte y cultura norteamericana en que el vanguardismo y el sistema se juntaron y unieron sus fuerzas, mancomunados por su deleite por lo distinto y lo nuevo.

Es particularmente irónico el hecho que el arquitecto haya sido removido de la acción social tanto por los líderes intelectuales que lo adoptaron como por los empresarios que lo ignoraron o explotaron. A los arquitectos, que habían estado haciendo esfuerzos por alcanzar la libertad, se les dio una camisa de fuerza estilística y un rol limitado. La exploración de la tecnología, la liberación de los cánones del clasicismo, la revisión de las ideas sobre el hombre y el mundo, fueron en el futuro canalizadas dentro de un sistema de elecciones estéticas preestablecidas sin alternativas, o reglamentadas. La revolución se redujo a la iconografía; la forma se transformó en fórmula. La Academia murió; una nueva Academia nació.

En un sentido, el espíritu de la revolución fue abortado por sus propios paladines. El gran avance de los primeros manifiestos, desde el Futurismo Italiano hasta el profundamente influyente *Vers une Architecture*, fue el rechazo a las restricciones de costumbres y estilos y a la idea tradicional; un rechazo que abrió la puerta a nuevos conceptos y técnicas. Mucho fue experimental y no comprobado, ciertamente una gran cantidad no sobreviviría. Pero el desafío y posibilidades fueron enormes. Inevitablemente, como era de esperar,

otro estilo fue desarrollándose a través de este proceso exploratorio. (...)

El daño continua. Es este tipo de manipulación de significado y propósito el que permite declarar que la arquitectura moderna esta muerta y anunciar que el post-modernismo ha tomado su lugar. Si uno acepta la forma por la esencia uno puede imponer y desplazar estilos como a la moda. Removiéndolo el arte del contexto de la historia, es un problema simple decir que la arquitectura moderna no importó, que estuvo totalmente equivocada o que, en cualquier caso, así se la ve. La arquitectura vista primariamente como una experiencia visual e intelectual, llega a convertirse de este modo en un juego de habilidades e ingeniosos efectos superficiales.

Así, en estos días el hedonismo estético es un sustituto aceptable de aquellos importantes sistemas de creencias que se han hundido en el desague. Los jóvenes arquitectos no entienden por qué fue necesaria la revolución, lo que se ganó en creatividad, disciplina y entendimiento, todo lo cual sería trágico volver a perder. El enojo y frustración que sembró el modernismo contra el arte burócrata-dictatorial y las embrutecedoras convenciones académicas se ha debilitado hace ya mucho tiempo; la nostalgia ha reemplazado a la ira, en tanto que los excesos que inspiraron la revuelta están siendo aceptados como benignos. La convicción de que la belleza y utilidad debían ser encontradas en nuevos materiales y técnicas, y que la forma y función podrían ser unidas por una singular verdad estética, simplemente se ha desvanecido. Los resultados son a menudo aterradores. Desafortunadamente, lo que realmente se está reviviendo no es tanto el pasado como sus familiares errores, no tanto la historia como sus equivocaciones. Lo que se está dejando de lado es la crítica de las grandes construcciones. (...)

Este exclusivo énfasis en lo estético da una cierta consistencia al dramático rechazo de Philip Johnson al movimiento moderno. Este último creyó fuertemente en él y transmite a sus seguidores su fácil salto hacia el post-modernismo. Su posición tiene gran atractivo para los arquitectos que ya no se interesan más en salvar el mundo, porque saben que no puede ser salvado y que no son ellos los indicados para salvarlo. Sin embargo, lo que están haciendo es trivializar la arquitectura, reduciéndola a algo menos que su rol tradicional de ser el único arte capaz de unificar lo real y lo ideal como una expresión de cuerpo y espíritu, sociedad y simbolismo. Los resultados son pequeños ejercicios narcisistas que varían desde lo exquisito a lo superfluo, sin pasión ni convicción.

Hay más mezquindad y pedantería que pasión en la arquitectura de hoy día. Ya no existe la catálisis de un enemigo común con quien luchar. Hay sólo interminables y tediosos argumentos semánticos y la pelea acerca de estilos entre fracciones. No existen héroes, ni arquitectos gigantes, porque no existen causas. Las causas que una vez unificaron e inspiraron la profesión han sido abandonadas. La triste verdad es que ninguna revolución ha triunfado jamás.

Quizás es el éxito el que mata. El modernismo fue una

campaña regocijante y seductiva por mucho tiempo. Pero es duro recordar cuanto alguien tuvo que luchar por un edificio moderno. Cuando la lucha cesa, la victoria pierde sentido. La revolución conduce a la contrarrevolución y el ataque se vuelve contra los triunfadores. El éxito, así como el poder, corrompen. (...)

No pretendo sugerir que el estilo no existe, o que éste no sea importante. El estilo es la esencia del arte. Es el índice cultural de un tiempo de una particular sociedad. Mies dijo que el estilo es el espíritu o expresión de una época. Ahora el eclecticismo es nuevamente respetable está en boga el diseño pídamela época (*dial-an age*) y hasta es elegante impugnar dicha definición. Pero Mies estaba esencialmente en lo cierto. Le Corbusier tituló su manifiesto de 1923 "Vers une Architecture" -o simplemente, 'Hacia una Arquitectura'- y no 'Hacia una Nueva Arquitectura', o bien, 'Hacia un Nuevo Estilo Arquitectónico'.

La arquitectura es mucho más que el estilo. Un edificio es la suma de muchas cosas sobre las cuales el diseñador tiene poco control. Contra la creencia popular, esas dislocaciones de escala y relaciones que son en gran medida parte de la escena contemporánea, son raramente invención de arquitectos. Creo necesario señalar, continuamente, que un edificio es modelado tanto por leyes, códigos, economía, programas de los clientes, patrones de inversión, necesidades sociales y competencia especulativa, como por cualquier acto estético. (...)

El acto creativo en arquitectura es básicamente un acto de sobrevivencia contra tremendas disparidades. Dar forma o estilo a estas complejas y conflictivas preocupaciones no sólo es un desafío de proporciones épicas, es el objetivo último del arte arquitectónico. Cuando estas transformaciones ocurren, en un palazzo o en un rascacielos, desde Strozzi a Seagram, es más que una construcción superior; es uno de los logros más notable de la civilización.

Pero el dilema que enfrenta el arquitecto es que o bien diseña para su arte o para el mundo real -y actualmente no hay elección si el tiene que construir realmente. El acto de diseñar está en conflicto con cada cosa que es parte del proceso de transformar el diseño en realidad. Algunas veces el resultado es más rico por su complejidad, y a veces este sirve bien tanto al arte como a la sociedad. Pero la arquitectura ha sido denominada una curiosa actividad en la cual la incompatibilidad de lo irreconciliable es elevada, ocasionalmente, al nivel de arte. El resultado no es nunca arte puro; es siempre un compromiso.

Estas son las realidades que también enfrenta la crítica, y es por esto que estoy tan preocupada con la semántica, tipologías, símbolos y metáforas que dominan muchos de los simposiums y de los escritos relativos al cambiante rostro de la arquitectura actual. Pienso que muchas de las interrogantes que están siendo planteadas acerca de la arquitectura son las correctas, y que muchos de los entusiastas redescubrimientos de los usos de la historia, ornamento, contexto y tradición son de un valor incalculable. (...)

(...) La onda revisionista actual escribirá una historia mucho más precisa y reveladora del pasado reciente, si no es usada para distorsionar la historia.

Necesitamos este período de disipado redescubrimiento y revisión, del mismo modo como antes necesitamos de la revolución modernista. Y cada generación debe descubrir sus propios héroes y verdades. Pero me an gusta cuando veo que las nuevas actitudes se están transformando en un nuevo conjunto de prejuicios doctrinales. Nosotros no necesitamos cambiar un conjunto de prejuicios por otros. Existen importantes y prometedores cambios que están ocurriendo ahora en la práctica y perccepción de las construcciones, los cuales deben ser evaluados correctamente en términos de contexto y continuidad.

Tengo la sensación de que cuando las cuentas hayan finalmente concluido y los arquitectos hayan parado de golpear a sus figuras paternas y triturar a sus íconos, el arte arquitectónico habrá emergido a un nuevo y muy vital período. Pero veo esto como una fase mucho más amplia del modernismo -no como la desaparición del modernismo. No me gusta la frase post-modernismo porque implica que algo se ha terminado y ha sido reemplazado. No veo esto como una contrarrevolución, sino como parte de una ligazón, un desarrollo continuo, o bien la evolución natural, aún cuando turbulenta, del modernismo en algo de mucho mayor dimensión y riqueza. (...)

No pretendo caer en la trampa de proclamar un nuevo mundo, o un nuevo arte, o de ofrecer versiones de la última gran verdad. Al igual que Mies, no pienso que se pueda inventar una nueva arquitectura, o una nueva verdad, o un mundo nuevo, cada lunes en la mañana. Ellos raramente viven en conformidad con los listados. Nuestro mundo es tan imperfecto como lo encontramos y ni el arte ni la ideología lo han cambiado. La utopía nos elude. Groucho Marx a menudo va más al meollo del asunto que Karl.

Lo que espero es que los arquitectos de hoy día descubran algunas viejas verdades. Como la naturaleza del arte, por ejemplo -algo que los modernistas entendieron muy bien-, más que el mundo del futuro. Hoy día la arquitectura es tratada como un ejercicio de lenguaje e ideas; pero el arte es un acto, no una explicación; una experiencia de espacio, luz, forma y función compartida directamente por el artista y el observador.

Al igual que todas las grandes actuaciones, un gran trabajo de arte hace que lo complejo parezca simple; ejecutado con estilo, oficio y gracia. Cualquier genuino trabajo de arte es creado a través de una tremenda disciplina, no sacando de la mochila referencias al azar y tendencias atávicas. El gran arte elimina todo lo que es supérfluo y no esencial para entregar un mensaje claro y fuerte en el lenguaje de su tiempo. (...)

Cuando los arquitectos se hayan cansado de sus juguetes nuevos y de sus nostálgicos juegos y dejen de lado su autocomplacencia podrán regresar al difícil y real negocio de crear nuevamente arte. Están realizando ahora una tarea mucho más difícil para ellos mismos; removiendo las restricciones

modernistas, están abriéndolo todo al arte y la historia nuevamente. El desafío, y las posibilidades, son pavorosas. Pero ellos deben redescubrir la verdad: toda gran arquitectura compromete el corazón, la mente y los sentidos a través de aquellas formas y secuencias logradas por directas expresiones estructurales y espaciales, no a través de significados ocultos u ostentaciones decorativas. El enfrentamiento de esta verdad fue uno de los actos más valerosos y radicales del modernismo. Cuando hayamos aprendido esa lección y los gigantes Miesianos no nos asusten nunca más, podremos incluso descubrir que menos es realmente más.

(Traducción: Juan Rusque)